



ELEGIAS DE PROPERCIO

VERSION DE AMPARO GAOS Y RUBEN BONIFAZ NUÑO

Elegía 2, libro I.

*Vida, ¿de qué te sirve aparecer con melena adornada
y mover de ropas de Cos los pliegues ligeros?
¿De qué, rociar el cabello con mirra Orontea?
¿Para qué a cultivos peregrinos venderte,
ferdiendo el esplendor de Natura con adornos comprados,
sin dejar que luzcan su belleza tus miembros?
Hazme caso: ningún afeite requiere tu rostro:
Amor desnudo no ama postiza hermosura.
Mira que la tierra produce colores hermosos,
que espontáneamente crece mejor la hiedra,
que surge el madroño más bello en los antros a solas,
y el agua sabe seguir no enseñados caminos;
relumbran las playas ornadas con naturales guijarrós
y dulcemente cantan sin arte las aves.
Así Febe Leucipea incendió, sin adornos, a Cástor,
y de igual modo a Pólux su hermana Helaira;
sin galas, la hija de Eveno, en las playas paternas,
causa fué de discordia entre Idas y Febo;
no al esposo frigio con falso candor atrajo Hipodamia
cuando fué conducida en el carro extranjero;
estaba libre su rostro de cualquier pedrería,
fué su color el que muestra las tablas de Apeles.
Es claro que el adorno no conquistó a sus amantes:
la ilustre belleza, el pudor, les bastaron.
Ahora no temo ser para ti inferior a los otros;
bastante amada es la joven que gusta a uno sólo.
Tú, sobre todo, a quien Febo ha donado sus cármenes
y la lira de Aonia gustosa Calíope.
Y no falta gracia única a tus palabras gozosas,
ni aquellas cosas que Minerva y Venus alaban;
por ellas, tú serás a mi vida gratisima siempre
con tal que los lujos miserables desprecies.*

Elegía 17, libro I.

*¡Y lo he merecido, pues que de mi amada pude alejarme!
A los alciones solitarios hoy me dirijo.
Como solía, mi nave no habrá de ver Casiopea,*

y en litoral ingrato mueren todos mis votos.
 Hasta los vientos te son serviciales, Cintia lejana:
 mira qué crueles amenazas rugen los aires.
 ¿Ninguna dicha, acaso, me dará la aplacada tormenta,
 y este puño de arena cubrirá mi sepulcro?
 Tú, con todo, conviérte en más suaves tus crueles querellas:
 juzga el mar adverso y la noche pena bastante.
 ¿Acaso podrías con ojos secos pensar en mi muerte,
 sin haber mis restos oprimido en tu seno?
 ¡Perezca el primero que haya dispuesto navíos y velas,
 y que en contra del mar haya abierto camino!
 ¿No era acaso más leve de mi dueña vencer los caprichos,
 —mujer excepcional, a pesar de cruel, es ella—,
 que de este modo contemplar las costas cercadas por selvas
 ignotas, y buscar los ansiados Tindáridas?
 Si de algún modo allá mi dolor extinguieran los hados
 y a mi sepultado amor una losa cubriera,
 ella daría en mi sepulcro sus cabellos queridos,
 y en tiernas rosas, blanda, mis huesos pondría;
 ella gritaría mi nombre a mi ceniza postrera,
 pidiendo que sin peso la tierra me fuese.
 Y vosotras, hijas marítimas de Doris hermosa,
 libertad en coro feliz las cándidas velas.
 Si alguna vez Amor desliziéndose tocó vuestras ondas
 a un compañero amparad en las playas tranquilas.

Elegía 2, libro II.

Era libre, y pensaba pasar la vida en lecho vacío;
 pero me engañó el amor en mi paz fingida.
 ¿Por qué permanece en la tierra esta humana hermosura?
 No comprendo, Júpiter, tus prístinos robos.
 Rubios cabellos tiene, finas manos, estatura prócer,
 y como digna hermana de Jove camina
 o como Palas al ir a las aras Dulíquias, cubierta,
 con la serpentígera testa de Gorgo, el pecho.
 Parecida a Iscómaca, linaje de la heroína Lapita,
 en mitad de la orgía presa a Centauros grata,
 es, o como Brimo cuando ante las santas ondas Bebeidas
 juntó a Mercurio, —se cuenta—, su cuerpo de virgen.
 Apartaos ya, diosas que miró el pastor algún día
 desceñirse la túnica en las cumbres del Ida.
 Ojalá que no quiera la vejez alterar ese rostro,
 aunque viva los años de la maga de Cumas.

Elegía 2, libro III.

Se dice que Orfeo domaba las fieras, y ríos
 rápidos paraba con la lira de Tracia;
 cuentan que las rocas del Citerón, por el arte movidas,
 reunieron sus trozos en los muros de Tebas,
 y que al pie del Etna, oh Polifemo, la cruel Galatea
 llevó, por tu canto, sus mojados corceles.
 ¿He de admirarme, siéndome Baco y Apolo propicios,
 de que a la turba de las niñas gusten mis cantos?
 Aunque mi casa no sostienen columnas del Ténaro
 ni doradas bóvedas entre vigas de mármol,
 ni se igualan mis huertos a los jardines Feacios,
 ni el agua de Marcio riega grutas labradas,
 me acompañan las musas y al lector son gratos mis versos
 y se cansa Calíope llevando mis coros.
 ¡Afortunada la mujer a quien mi librilla celebra!
 Monumentos a su belleza serán mis cantos.
 Pues ni el lujo de las pirámides a los astros alzadas,
 ni el templo de Jove Eleo que copia los cielos,
 ni el Mausoleo sepulcro de generosa riqueza,
 de la extrema condición de la muerte se libran.
 Tormentas o llamas los privarán de su gloria, o su peso
 rodará por el golpe de los años vencido.
 Pero no ha de morir el nombre que el ingenio ha logrado:
 para el ingenio la gloria no tiene muerte.